

TREVIÑO DE HOYOS

La gran lección que México puede aprender de Francia está en su sistema presidencial eficaz, con una democracia que da resultados concretos.

Francia como espejo

MIGUEL B. TREVIÑO DE HOYOS

Nicolas Sarkozy es un Presidente hiperactivo: está en todo, abre varios frentes al mismo tiempo, emprende reformas en lo doméstico mientras busca imponer directrices en la Unión Europea, y en medio de todo se da tiempo para turistear con su esposa Carla.

El "hiperpresidente", le dicen en Francia.

Pero el activismo no siempre se traduce en reformas estructurales y el liderazgo no basta en un país como Francia para llevar los cambios del papel a los hechos. En aquel país se inventaron —y con los años han venido ajustando— un sistema presidencial que les funciona. El semipresidencialismo de la Quinta República sustituyó al presidencialismo de la Cuarta República en 1958 simplemente porque este último dejó de funcionar.

En México, después de una transición de mayores alcances; de un sistema de partido hegemónico a un sistema de muchos partidos competitivos, no hemos modificado ni un ápice las reglas de un presidencialismo que claramente ya dejó de funcionar.

Siguiendo con la comparación, algo hay de anormal cuando el país viejo y rico, donde los trabajadores y las clases medias tienen mucho que perder por haber acumulado privilegios —ahora insostenibles—, sí logra implementar reformas estructurales y México no.

Cuando hablamos de la capacidad de lograr cambios sustantivos desde el poder político es cierto que cuenta el liderazgo de quien empuja la agenda de reformas, cuenta el nivel de resistencia desde la sociedad, pero también pesa el diseño constitucional, es decir las atribuciones del Poder Ejecutivo y la forma en que se reparten las responsabilidades al interior de éste.

El presidencialismo mexicano está diseñado para ser eficaz cuando existe un partido hegemónico, nada más. Este siste-

ma ha evidenciado su atrofia en un sistema de partidos competitivo y con al menos tres participantes de peso.

En año y medio el Presidente francés subió la edad legal de retiro, creó mecanismos para que las empresas le pudieran sacar la vuelta a la semana laboral de 35 horas, impuso penalizaciones a quienes rechacen dos ofertas de trabajo consecutivas, eliminó trabas a la actividad emprendedora, estableció reglas para asegurar que el transporte y las escuelas sigan funcionando durante las huelgas y garantizó a las universidades autonomía del control estatal.

En México, pasada la coyuntura de la alternancia en el 2000, cada intento de reforma termina en eso, en sólo un intento. Cuando mucho en una reforma mínima acotada por aquello que los grupos de interés están dispuestos a aceptar.

Nos urge un presidencialismo dotado de las herramientas para quitarle el freno a las reformas de fondo: la laboral, la sindical, la energética, la fiscal, la de competencia.

Necesitamos a un Presidente con política exterior, uno que ponga en la agenda internacional los temas que le interesan a nuestro país. Ayer lo enfatizó Sarkozy: México tiene más responsabilidades en la agenda global de las que a veces se imagina.

Necesitamos un presidencialismo con más facilidades para construir mayorías en el Legislativo y con mayor influencia en el control de la agenda parlamentaria.

Necesitamos un sistema presidencial, o semipresidencial, en el que si la oposición tiene mayoría en el Congreso, entonces también comparta los costos políticos de la inmovilidad.

El semipresidencialismo francés no siempre ha resultado una solución donde se ha intentado. La posibilidad de la "cohabitación" (tener un Presidente de un partido y un primer ministro de otro) implica

inestabilidad, sobre todo en las democracias incipientes. En algunos países africanos, por ejemplo, hay experiencias de fracaso cuando se ha ensayado un sistema si-



Fecha 10.03.2009	Sección Primera	Página 11
----------------------------	---------------------------	---------------------

milar al francés.

Pero México no es África, acá tenemos un sistema de partidos de baja polarización e instituciones políticas suficientemente sólidas.

De cualquier forma, lo que es difícil de refutar es que el diseño del presidencialismo mexicano ya no nos sirve; que nos urge ensayar nuevas formas de organizar al

Poder Ejecutivo y que el modelo francés es una alternativa interesante y tropicalizable a la realidad mexicana.

El virtual empate de la elección del 2006 detonó una reforma político-electoral, necesaria, pero cuya implementación nos tiene ciclados en una causa que, aunque necesaria, es insuficiente para asegurar la consolidación de la democracia. Te-

nemos que repetírnoslo mil veces: lograr elecciones razonablemente limpias y equitativas no basta.

Necesitamos un presidencialismo eficaz; una democracia que dé resultados concretos.

La alternativa, siempre a la mano en América Latina, es regresar al populismo o al autoritarismo.